

## Prólogo

«Somos memoria; somos lenguaje»  
(Emilio Lledó)

### Escéptico, pero incapaz de rasgarse las vestiduras

Los versos de Rafael Alberti evocaron el nacimiento del poeta, que coincidió con los inicios de un cine cuyas películas, llegada la juventud, le permitieron descubrir a Buster Keaton y su novia, la vaca Brown Eyes: «Yo nací –¡respetadme!– con el cine./ Bajo una red de cables y aviones./ Cuando abolidas fueron las carrozas/ de los reyes y al auto subió el Papa» (*Cal y canto*, 1929). Suelo citar estos versos en mis clases para ejemplificar la relación entre el nuevo arte y la Generación del 27. Gustan al alumnado que, después de divertirse con las andanzas del cómico y su peculiar novia, queda fascinado al contemplar la imagen del anciano poeta y su melena blanca. Estas referencias poéticas son comprensibles y dignifican el recuerdo de una época de vanguardias. Incluso merecen los honores de un «material docente» donde cualquier asomo de erudición o aridez debe aliviarse. El camino de lo correcto en el aula lo conozco. No obstante, la prosa de la curiosidad como ensayista atento a las ocurrencias me proporciona la satisfacción de haber nacido al tiempo que la fregona, inventada por el ingeniero aeronáutico Manuel Jalón Corominas (1925-2011), cuyo sentido práctico también nos evitó disgustos gracias a las jeringuillas desechables. La

referencia a este histórico paso en el camino de la felicidad la obvio en mi presentación al inicio de cada curso.

El tiempo del recuerdo se asocia con un presente parco en novedades satisfactorias y es traicionero, como las corrientes de aire fresco en verano, cuando el acaloramiento nos hace bajar la guardia ante la posibilidad de un alivio. La necesidad de evocar momentos, experiencias y emociones se acrecienta conforme la perspectiva de un futuro empequeñece hasta convertirse en una prórroga o los minutos del descuento. Una boqueada, en definitiva; sin el tradicional empaque del ocaso, que tanto consuela en las ceremonias fúnebres.

La vida carece de un oficiante fiable que cuente con un guion verosímil y bien aprendido para prepararnos ante el desenlace. El relato de lo terrenal como estación de tránsito, que tantos éxitos cosechó en otras épocas, anda un tanto desdibujado, salvo entre los fanáticos y los partidarios de las agarraderas para evitar el vértigo. Los voluntarios y los profesionales que se prestan a realizar estos menesteres de guionista reclaman la colaboración de la fe, que en su versión más comercial aparece como la esperanza. Ambas virtudes teologales mueven montañas en materia de ficción, pero lo genérico de las previsiones de estos oficiantes falla más que una escopeta de feria. Tal vez porque la escaleta del dogma o el sentido común se hace añicos ante el azar de las circunstancias y siempre parece ajena a nuestro caso particular.

La incertidumbre de saberse en edad proveyta, o «entrado en días», parte de una evidencia: nadie indica mediante un marcador luminoso, y fiable, los minutos que restan para el final. Aparte de lo macabro de semejante anuncio, el supuesto reglamento de este campeonato de la vida resulta impreciso y hasta caprichoso cuando los jugadores descubren, de repente, que se han quedado con el balón en los pies, sin poder culminar una táctica elaborada a lo largo de los años. El caos de las circunstancias se impone, una vez más, a una planificación donde todo parecía tan coherente y lógico como la publicidad de un plan de pensiones.

La muerte como perspectiva de futuro es un tema poco mediático y nada agradecido. La consigna de permanecer animoso hasta el último

momento, por el contrario, goza de general asentimiento. Tal vez sea mejor así y, cuando acudo a una oficina bancaria, me gusta contemplar la envidiable madurez de los modelos que posan como beneficiarios de los citados planes. La imagen tranquiliza como los anuncios para combatir la artrosis. No obstante, el individuo que se encamina a la jubilación empieza a sospechar que el último partido del campeonato está jugado, incluso sentenciado en lo referente al resultado, y poco a poco agavilla retazos de lo vivido para buscar un sentido a la hora del balance. Afloran entonces con relativa frecuencia recuerdos aislados, fragmentarios y un tanto caóticos cuyo hilo conductor resulta tan misterioso como el cambalache de la vida. A menudo, las imágenes de esos recuerdos están asociadas a la sensación de felicidad o de aquello que ha merecido la pena preservar del olvido. Su evocación permite recrear momentos de plenitud, que el presente va menguando con la colaboración de achaques, resignaciones y frustraciones carentes de segunda convocatoria.

La memoria convertida en consuelo o refugio alivia las intemperancias del presente, pero solo es recomendable si reconocemos su virtualidad como relato puesto a nuestra disposición. Sus referentes son heterogéneos y dispersos en el marco de lo recordado. No obstante, el relato que socializamos cuando alguien nos escucha o lee tiende a mantener un tono constante y acorde con la tristeza sosegada de la melancolía, que es propia de las personas adultas, al menos cuando apuestan por la elegancia del decoro porque son conscientes de su edad. Y, si esas mismas personas mantienen vivo el deseo de conocer, la memoria se dignifica académicamente por ser «performativa» —relaciona de manera identificativa el presente con el pasado y la vida propia con la de otros—, al tiempo que también es capaz de propiciar la reflexión no exenta de creatividad.

La aparición de un término no reconocido por el corrector del ordenador —aparece subrayado en rojo—, indica que nos adentramos en la terminología de las apariencias, cuyo predicamento es notable en el campo de las actuales ciencias humanísticas. Semejante posibilidad «performativa» de la memoria es, además, un objetivo digno de figurar

en cualquier libro de autoayuda para afrontar «los retos de la madurez». Su cultivo nos mantiene tensos desde el punto de vista intelectual, pero la mayoría de sus hipotéticos destinatarios opta por buscar en la memoria respuestas para reafirmarse y confirmar lo supuestamente vivido. La nostalgia aparece en esa tesitura como bálsamo o lenitivo y, con su contagiosa mixtificación, prevalece la correspondiente visión de un pasado idílico, apenas un engaño, que suele quedar configurado de acuerdo con un relato impregnado de ficción. Mal asunto para los amantes del verismo, porque por esa vía prescindimos de la historia –con su inevitable criba de las experiencias singulares– en nombre de una sensación de felicidad tan consoladora como un placebo. Y, además, pretendemos el absurdo de haberla disfrutado en calidad de protagonistas.

La ingenuidad y la necesidad de explicarnos a nosotros mismos nos conducen a atribuir ordinariamente un valor documental a cualquier retrato, como si la imagen testimoniara por sí sola aquello que captó el objetivo de la cámara o se alojó en la memoria. La supuesta posibilidad resulta estimulante, pero una fotografía o la imagen de un recuerdo, como cualquier otra fuente escrita, es silencio y material inerte si no media una mirada que ilumine más allá de lo visto, si carecemos de unos ojos que aporten profundidad de campo e información a lo que es puro vacío, hipótesis externa.

La alternativa de convertir los fotogramas o las escenas de los recuerdos en la película de una memoria coherente con la historia es compleja. Algunas autobiografías escritas por observadores conscientes de la realidad de su época permiten visitar el relato histórico subrayando sus ángulos muertos y sus generalizaciones. Lo humanizan gracias a una nueva perspectiva, en definitiva; mientras que estos autores, poco dados a la escritura como consuelo, utilizan la historia para corregir las trampas de la memoria. Así la obligan a transformarse en una reflexión sobre el propio sujeto y en discurso crítico.

El objetivo de esta minoría de autores requiere un equilibrio basado en la voluntad de conocer, flexibilidad en la valoración de lo dispar y, además, un humor vinculado al escepticismo para deambular entre

paradojas y contradicciones. Estos requisitos no garantizan la llegada a una meta de difícil localización, pero con el concurso de la imaginación permiten animar las imágenes relativamente fijas del recuerdo y engarzarlas en un relato que siempre se escribe desde y para el presente. La memoria individual se convierte así en un acto que no renuncia al rigor del conocimiento, pero que también es creativo por la selección y la ordenación de referentes a la búsqueda de un desenlace. Como tal ficción, esa memoria no precisa de argumentos para su justificación ante el hipotético interlocutor o lector. Su elaboración representa un momento de hallazgos donde la brújula es el deseo de comprender el trasfondo de un conjunto de detalles, anécdotas, imágenes..., que forman parte de un pasado deslavazado a la espera de un presente no menos caótico. Así permanecerá, pero asociado a la iniciativa de indagar a partir de un material rico por la acumulación de experiencias.

### Unas notas de obviedad

La etapa de la infancia y la adolescencia supone un aprendizaje que define y condiciona al individuo. La obviedad de esta frase digna de un *power point* se traduce en un conjunto de vivencias novedosas cuyo desenlace determina las opciones que, con desigual coherencia, jalonan una trayectoria vital. Esta circunstancia provoca que, al cabo de muchos años, sintamos la necesidad de averiguar cómo resolvimos aquella sucesión de *match points* según la afortunada definición de Woody Allen (2005), que en la España del franquismo Edgar Neville presentara como «la vida en un hilo» porque el comediógrafo gustaba del casticismo elegante. Y, al igual que el humorista del 27, nos complace mirar hacia atrás, aunque evitemos el refugio de la *belle époque* –de probado confort–, ya que no pretendemos triunfar en los escenarios con una «comedia de la felicidad». Tampoco necesitamos recurrir a una «jerigonza de escuderos y de caballeros andantes» para juntar a nuestro alrededor un cónclave de cabreros dispuestos a maravillarse ante la dichosa edad, aquella que «los antiguos» denominaran dorada. El objetivo de este ensayo con derivas propias de la «docuficción autobiográfica» es

igualmente voluntarioso. Incluso cabe calificarlo como algo quijotesco en este tiempo de bachilleres homologados. No obstante, el esfuerzo de indagar en el pasado que he llevado a cabo carece de doctrina. Su alcance, además, se ciñe al ámbito de lo personal sin renunciar a la contextualización: el reencuentro con el jugador novato que fuimos en un equipo generacional; un reencuentro cuya lógica responde a la conciencia de haber disputado varias bolas decisivas a la espera del quinto y definitivo set.

Unos pocos individuos superan todas las eliminatorias de la vida con voluntad de líderes, acumulan prestigio o fama a base de jugadas singulares y alcanzan la gloria de los más afamados y diversos torneos. Este reducido colectivo suele ser el protagonista de las memorias publicadas por las editoriales que pretenden obtener algún beneficio. La razón de tan exigente selección es obvia: salvo excepción que confirma la regla, los hipotéticos compradores de libros autobiográficos apenas se interesan por el testimonio o los recuerdos de sujetos con trayectorias carentes de un relieve capaz de propiciar la fama. Esta cláusula del contrato para el consumo de la literatura del yo viene de lejos, aunque lo autobiográfico se haya devaluado por la irrupción de los variopintos «famosos» que protagonizan la cultura del exceso, cuya hegemonía contribuye a la omnipresencia de la banalidad.

Según afirman los norteamericanos atentos a las obviedades, vivimos en *the winner-takes-all-society*, en una sociedad donde el ganador se lo lleva todo, incluido el protagonismo con proyección mediática. Otros muchos individuos nos limitamos a la rutinaria tarea de pelotear en una cancha sin gradas. En este espacio de lo cotidiano resulta raro jugar un partido completo, se suceden los rivales de forma un tanto caótica, el árbitro parece ignorar unas inexistentes reglas y, ante la carencia de un marcador, el balance supone una incógnita o una materia opinable.

La crónica de esa experiencia sin escaleta de guionista representa un desafío para quienes confían en la preceptiva de los géneros. La ausencia de parámetros capaces de encauzar la escritura y de un canon produce el desconcierto de las tentativas, pero siempre hay quien gusta del placer asociado al hallazgo. El riesgo es evidente. Solo se justifica

por la posibilidad de comprobar que la bola en el filo de la red también puede acompañarnos a lo largo de una reflexión creativa y ordenadora desde «la madurez», cuando ya empezamos a desvincularnos de la necesidad de presentar coartadas ante la autoridad competente, sea militar, eclesiástica o civil. Justo en ese momento comprendemos al viejo Azorín cuando, en 1944, afirma que «después de escribir tantos cuentos, he llegado a la conclusión de que el verdadero cuento, el más artístico, es el que se forja con una minucia; el cuento con argumento de cierta truculencia está al alcance de todos».

### **El club del tardofranquismo**

La escritura sin truculencia corre el riesgo del aburrimiento, pero también puede ser un ejercicio de sinceridad y estilo, incluso de provocación alejada de la impasibilidad azoriniana. Mi peloteo en la pista de una capital de provincias comenzó poco después de 1958, justo cuando el arruinado club de la autarquía decidió que, para evitar la protesta o la fuga de los socios, era preciso modernizar las instalaciones. La tarea debía realizarse bajo la supervisión de una directiva nunca elegida, que parecía estar ahí «de toda la vida», como si su mandato fuera un designio del destino. Las obras de remodelación afectaban a la fachada y las zonas ajardinadas en un principio, pero visto el deterioro del edificio se cambiaron algunas vigas y se construyeron nuevas instalaciones durante los años sesenta de mi infancia. La expectativa de mejora era notable por su novedad y, aunque las derramas de los socios se sucedieron sin equidad ni mesura compensatoria, la mayoría apostó en silencio por la continuidad en el club ante la lejanía o la inconsistencia de otras ofertas que tampoco garantizaban mejores prestaciones.

La bonanza de los tiempos favoreció la celebración de competiciones internacionales. Las visitas de equipos foráneos se sucedieron con progresiva frecuencia porque las pistas eran soleadas y el alquiler resultaba barato. La consiguiente ocupación llegó hasta el punto de arrinconar unas normas de contraproducente cumplimiento por anticuadas, rígidas e insólitas. Los jugadores o «productores» cedidos por

varias temporadas también ayudaron a equilibrar las cuentas del club. Su tarea de gregarios resultó sacrificada y meritoria, pero terminaron volviendo a nuestro club sin la vitola de los campeones.

Al final, en los primeros setenta, y especialmente cuando se produjo el temporal de 1973, aquellas pistas empezaron a mostrar las grietas de lo construido a toda prisa, sin supervisión técnica, a base de materiales baratos y con el añadido de las mordidas de capataces carentes de escrúpulos. La consecuencia fue un intenso y caótico peloteo en medio de la nada. También la orfandad de haber descubierto el engaño de la directiva por entonces ya instalada en otras dependencias de aspecto renovado; así como el enfado de la mayoría de los usuarios con los socios, dispuestos a defender a los mandamases de toda la vida porque de su continuidad al frente del club dependía la exclusividad de las mejores pistas en horarios inigualables. Y, sobre todo, la necesidad de apañar unas nuevas instalaciones sin disponer de terrenos ni capacidad de inversión. No corrían buenos tiempos para los pusilánimes y quienes confiaban en la lógica de la razón.

El empeño de cuadrar el círculo acarreó molestias y enfados en un clima de tensión entre los socios. Agotado el desarrollismo que tantos ánimos de protesta apaciguó, el período final del franquismo fue un sinvivir. Todavía cuesta asomarse al mismo si carecemos de humor para vernos en medio de una mudanza cuyo encargado improvisaba la «hoja de ruta» con la colaboración de algunos transeúntes y vecinos. Los despistes de los operarios fueron inevitables, aunque la empresa asegurara haber elaborado, consultado y meditado el plan de trabajo. La tarea se realizó, además, sin disponer de un camión en condiciones; a golpe de riñones, buena voluntad y fortuna, porque lo más grave era nuestra incompetencia como transportistas fruto de décadas de inoperancia, mediocridad y pobreza.

Al final de la Transición, y vete a saber cómo, la concurrencia de debilidades enfrentadas se resolvió mediante un acuerdo y fundamos un club apañado. Su trayectoria ha sido notable desde entonces, pero ahora las instalaciones empiezan a agrietarse porque no se construyeron con los mejores materiales. Visto el informe de los expertos, se

utilizaron los existentes al alcance de negociantes de favores, comerciales dispuestos a cuadrar el círculo y traidores a la causa o «héroes de la renuncia», sin cuyo liderazgo nos habríamos quedado en la calle. Al cabo de las décadas, el resultado de esta comedia coral sin asomo de épica constituye un motivo más de asombro que de entusiasmo y, con la coartada de evitar molestias al vecindario, durante años hemos recurrido a la ficción. El consiguiente consuelo ha funcionado gracias a una acreditada productora que nos certificó una mudanza con presupuesto, factura y seguro en caso de rupturas o accidentes. El correspondiente informe de los guionistas/analistas parece serio y, además, la acreditada cura del paso del tiempo tiende a convertir el anterior club, con sus obsoletas instalaciones, en un lugar entrañable. Así aparece en la memoria, aunque solo fuera porque algunos días el encargado nos dejó pelotear a nuestro aire con la condición de evitar cualquier molestia a los socios fundadores.

### Últimos y desperdigados avisos

Los mitos de la historia reciente no precisan de desmitificadores e iconoclastas, sino de observadores de su aparente rotundidad. El empeño es meritorio. Cuando estos sujetos tropiezan con la retórica que sustenta a los mitos, o las ficciones creadas a partir de la realidad, deben estar dispuestos a navegar entre paradojas, contradicciones y matices donde no cabe el ajuste de cuentas. La posibilidad de naufragar resulta elevada. Si desde la memoria yo pretendiera semejante objetivo con ínfulas de descubridor del Mediterráneo sería, además de bobo, un cínico. Entre otros motivos, porque mi experiencia de aprendizaje durante «los felices sesenta» y el tardofranquismo la considero razonablemente feliz. Tal vez por su discurrir rutinario de hijo criado en una familia sin relieves para la excepcionalidad. Y, por supuesto, gracias a quienes me educaron con su anónimo ejemplo o una actividad docente, pocas veces reconocida y en la que incluyo la decisiva influencia de numerosos modelos de la ficción. Sus reconocibles huellas aparecerán en un ensayo que parte de la memoria, admite el zigzag de una

conversación con tendencia al caos de la diversidad y se convierte en un «cocido» (Javier Cercas). Su alimento es fruto de la heterogeneidad de perspectivas y materiales al servicio de la búsqueda, la reflexión y la ironía, que nos ayudarán a caminar por vericuetos alejados del lugar común.

Si el tiempo del recuerdo es traicionero por las necesidades del presente que suele satisfacer, resulta lógico que al cabo de los años los recuerdos fermenten con la ayuda de la imaginación. Así se convierten en una literatura digna de quedar enmarcada en un espléndido día de junio. Y, puestos a elegir, con el añadido de ese estado mental que algunos creadores identifican con el Mediterráneo. La tentación de la ficción es notable entonces y varios pecadores, conscientes de sus confesados deseos, nos han seducido gracias a un sensualismo compatible con la lucidez de la «memoria perfomativa», aquella que se basa en la necesidad de transformar el saber sobre el pasado en parte de la realidad presente.

A diferencia del admirado Manuel Vicent, que se marchó a Madrid para descubrir, desde la distancia, el Mediterráneo, yo me he quedado en la orilla y carezco de la prodigiosa vista del maestro valenciano. Mi experiencia solo es terrestre y, por lo tanto, no he compartido las sensaciones de Ulises al navegar por aquellas aguas tan agradecidas en materia de maravillas. Una lástima, porque me seducen de la mano de Manuel Vicent. Tampoco recuerdo haber sido un joven lector de Proust bajo una higuera cerca del Mediterráneo. Esta localización acrecienta las sensaciones, incluso mejora las entendederas, pero a la hora de buscar donde leer me he conformado con un sillón; cómodo, al tiempo que prosaico.

Al evocar aquel período anterior a 1975 —la muerte del general Franco coincidió con mi ingreso como estudiante en la universidad—, la sensación es de una felicidad pequeña, casi imperceptible y de aires provincianos. Su percepción la enmarco en un panorama carente de colores, aunque lo vivido en las calles de mi manzana vecinal a veces recordara los tonos del «neorrealismo rosa». Los jugadores incapaces de superar los peloteos o las eliminatorias previas en el citado club nunca

hemos disfrutado del Technicolor, pero algún rojo o, preferentemente, azul habría en aquellas pistas de los sesenta y primeros setenta. El problema radica en que las máquinas de fotografiar eran un quierito y no puedo del desarrollismo, el papel de las fotos impresas se curvaba con facilidad y, además, nadie nos enseñó a enfocar o evitar el dedo en una esquina.

El resultado es un álbum donde ahora descubrimos que esos colores de mala calidad se han borrado para dejar paso a un blanco y negro por defecto, sin la voluntad estética de esta opción con tantos maestros. Visto desde la perspectiva de la memoria, tal vez sea un blanco y negro vergonzoso tras haber quedado desnudo por el paso de los años, pero su poquedad también resulta divertida cuando reaparece de improviso y en contraste con el presente. La circunstancia es infrecuente y, por esa misma razón, las pretensiones de modernidad cromática de aquellas fotos ahora provocan sonrisas de complicidad y comprensión. También alguna nerviosa, por ser el fruto del espanto retrospectivo.

La trayectoria de un niño o un adolescente como tantos otros que pelotearon en aquellas pistas del tardofranquismo carece de hitos para la Historia, con mayúscula, a pesar de lo indicado por la RAE. La crónica de los pretendidos como tales en mi caso sería un parto de los montes. Y, por lo tanto, digno de la risotada del lector o de un apresurado trabajo periodístico, aunque solo fuera porque los titulares son sufridos a falta de contenidos.

El objetivo de este texto de difícil clasificación es modesto en correspondencia con la materia abordada: la sonrisa como contrapunto de una heterogénea y libérrima indagación, que pretendo cómplice porque respeta los límites del pudor a la antigua usanza, mantiene el compromiso de la veracidad en lo esencial y solo se ocupa de experiencias más o menos comunes, de aquello que con diferentes matices pudo vivir cualquier muchacho de la época. El resultado tal vez sea digno de «los cofrades de la divagación» que, a través de los libros, mantenemos la ilusión de permanecer reunidos en un café Borenes como el concebido por Luis Mateo Díez (2015).

El ejercicio de la memoria en solitario pasa por la necesidad de un diálogo del individuo consigo mismo. En estos menesteres de los recuerdos hilvanados con el concurso de la imaginación, hasta convertirse en una inevitable ficción, siempre está presente el concepto de la narración, pero entreverada con la voluntad de dialogar en un marco conversacional para beneficiarse de su libertad a la hora de deambular por lo diverso. La importancia de este imaginado diálogo aumenta cuando el autor o proponente busca la complicidad del lector, bien porque este último viviera aquellos años de un desvaído blanco y negro o porque, curioso en sus catas, también pretenda asomarse a unas imágenes escasas y arbitrarias para matizar su percepción de la época con detalles que a veces esconden realidades de calado.

El riesgo de la empresa es notable. Ante la modestia de los materiales del relato, solo cabe confiar en su tratamiento mediante una mirada tramposa e ilusionante, fascinante como los trucos de la ficción, cuya voluntad ordenadora ayuda a entender una realidad de límites desdibujados a base de observación y estudio. Mario Vargas Llosa lo explica mejor: «A veces sutil, a veces brutalmente, la ficción traiciona la vida, encapsulándola en una trama de palabras que la reducen de escala y la ponen al alcance del lector» (2002:19). Seremos, pues, traidores a tiempo parcial y con la coartada de alcanzar un mínimo de orden en la exposición.

Así, desde el inevitable presente donde se acumulan experiencias individuales y colectivas junto con referentes culturales de la más diversa procedencia, pretendo divagar sin norte y conversar con el lector acerca de un período concreto, 1958-1975, pero gozando de la libertad de trasladarnos a otros momentos porque, conviene recordarlo de nuevo, solo existe el presente. Tal vez la mezcla de motivos para el ejercicio de la memoria sea heterogénea, arbitraria y poco representativa. También cabe pensar en el desorden de quien deambula con espíritu ocurrente entre lo particular y lo general, lo vivido y lo visto en una pantalla y, confiado, hasta se atreve a pontificar en algún momento a partir de lo minúsculo porque recela de lo trascendental.

La crítica basada en estos atrevimientos del autor responde a mis limitaciones de catedrático refractario a los cronogramas, los homologados proyectos de investigación y la sistematización de una realidad paradójica. La posible admonición la acepto con resignación un tanto cínica, pero prevalece mi deseo de establecer una conversación con el lector en torno a los recuerdos capaces de trascender su banalidad para convertirse en memoria. Y las conversaciones entre amigos dispuestos a compartir unas horas de asueto invitan a dar saltos de un lugar a otro de la realidad abordada, sin orden o justificación aparente, hasta transformar el supuesto hilo conductor en una línea quebrada de absurdo trazado. Ahí radica la clave, porque por esa misma razón la línea es digna de la mirada perpleja que desemboca en una sonrisa de conocimiento, escepticismo y voluntad de disfrutar de los espectáculos a nuestro alcance. Le propongo, pues, una conversación sobre el todo y la nada de los que escribiera hace décadas el exquisito Julio Camba, aunque cambien las fechas, las miradas, los estilos y quien suscribe carezca del encanto de lo excepcional en una lujosa habitación del madrileño hotel Palace.

Los recuerdos hilvanados, comunes y compartidos de un funcionario de la Universidad de Alicante, que se ha limitado a dar clases y escribir sobre temas de apariencia menor, justifican la deserción del lector con espíritu práctico. Le disculpo, ¡faltaría más...!, si en estos momentos prologales estima oportuno cerrar el libro para siempre. No obstante, si persiste en su voluntad de conversar en torno a ocurrencias de la memoria y admite mi tramposa y ventajista propuesta –los ases en la manga son fruto de una relación profesional con los trucos de la ficción–, le garantizo algún provecho no exento de entretenimiento; o, al menos, motivos para satisfacer la ociosa curiosidad que nos blindamos ante la especialización en cuestiones relacionadas con obras literarias, películas y demás engaños cuyo objetivo es la ilusión.

Lo reconozco: otras ofertas del mercado editorial –un ente que, sin mala intención, ha dejado un minúsculo hueco destinado al ensayo incapaz de favorecer la autoayuda– son de un rango superior. También cabe preferir la opción de las innumerables monografías de

un mundo académico dispuesto a predicar en el desierto —«la era del vacío»— de la sociedad del espectáculo. Lo admito con asomo de contrición, pero siempre habrá un tiempo de estudio para atender a los sabios que rechazarían rebajar sus reflexiones a la categoría de una conversación en torno a la memoria, que es materia de natural tramposo y ocurrente porque anida en una realidad digna de la perplejidad del observador.

En última instancia, si es verdad lo afirmado por el tertuliano Lezama en el café Borenes de Luis Mateo Díez —«A veces tenemos la impresión de que cada día abundan más las novelas que no son novelas y que están escritas por novelistas que no son novelistas para lectores que no leen»—, tampoco parece perentorio andar con justificaciones acerca de una escritura desde la memoria, la divagación y la indagación. Tal vez la propuesta carezca de los debidos argumentos teóricos. En cualquier caso, estos recuerdos en blanco y negro evitarán el cinismo y el interés de quienes escriben «novelas» para los lectores que no leen, porque mi objetivo es estimular la memoria mediante la historia para volver a «leer» las experiencias y las ficciones de una época que empieza a ser solo materia de estudio. Ante la posibilidad de escribir una árida monografía para los colegas universitarios, me ilusiona saber que «el modo representativo docuficcional» —y, en particular, su enlace con la forma biográfica— es popular y se vende bien, puesto que satisface las necesidades de entretenimiento, identificación y reflexión. La oferta, por lo tanto, responde a las exigencias del mercado.

### ¿Y el título?

A pesar de esta conclusión de aires mercantilistas, no pretendo ser Carlitos, la voz en *of* que se erige en autoridad y, desde vete a saber qué coordenadas de la madurez, aspira a que compartamos nostalgia, condescendencia y algo de complacencia acerca de la España del tardofranquismo (*Cuéntame cómo pasó*, RTVE). Mi voz se sitúa en unas coordenadas tan concretas como particulares dentro de un presente

que no oculto porque determina la evocación del pasado. El truco de la indefinición con voluntad persuasiva se lo dejo a la ficción televisiva cuando busca la aceptación de una audiencia masiva y no desaprovecha la ocasión para homogeneizar una memoria que es colectiva, pero nunca debería dejar de ser individual. Mi voz forma parte de un coro y solo aspira a estimular otras voces –*Contemos cómo pasó*–, aunque el resultado final carezca de la armonía que aporta la ficción. La realidad, qué duda cabe, es otra cosa; incluso cuando nos remitimos a un pasado cuya recuperación pasa por un relato parcial y fragmentario, que va y viene entre la generalidad y la particularidad, lo íntimo y lo público, con la voluntad de alumbrar paradojas y comprender desde una perspectiva irónica para evitar el memorial de agravios del victimismo.